



# Carlos Vidal descubre Europa

*Juan Gómez Soubrier*

**E**l viajero, pintor por más señas, ha llegado a Europa hace un lustro. Viene, vino, desde el lejano país de la canela y el cacao, el café y el guatamote. Los europeos no solemos reparar jamás en el hecho de que somos periódicamente descubiertos por quienes llegan a estas costas desde otras culturas. No solemos saber, por claro ejemplo, que la canela se obtiene de una orquídea. Vemos siempre la flor por un lado y el condimento por otro; nos falta la visión única y totalizadora. Carlos Vidal, pintor mexicano, no ha querido caer en estas trampas; tiene la ventaja de llegar sin prepotencia y, sobre todo, sin prisas.

Carlos Vidal, pintor, ha recorrido Europa al calor de varias becas y a lo largo de estudios varios desde Roma a París, desde Alemania a estos Madriles en los que ha

sido el primer Mexicano en cursar –y acabar– los estudios del Doctorado en Bellas Artes. Ha expuesto en todos estos lugares y su ya probada estancia en Madrid queda patente en sus cuadros.

Vidal ha realizado su periplo ibicenco y romano, paisino y teutónico con la impasibilidad óptica del artista plástico nato. El resultado son estos cuadros en los que la osadía del color y la rotundidad del trazo se nos presentan con decisión, agresividad, nitidez.

El pintor sueña una batalla incruenta –y a veces, cruenta en su interior– entre la luz y el color, el contenido y la forma. El pintor ha recorrido las noches de Europa en el camino de sus noches propias. El pintor ha sentido –¿Soñado?– encender al sueño las mariposas de Ramón, ha visto aterrizar la luz sobre el lienzo, ha conocido las alegrías de la luz. O sea, de la vida.

## El objeto narrado



El pintor recorre los objetos y las letras, los textos esotéricos inconclusos. En definitiva, la pintura es un recorrido por las cosas y las palabras y si hay que apurar las instancias el tema se vería abocado a ser un discurso silencioso de palabras, un homenaje al diálogo silente consigo mismo.

En todo monólogo auténtico hay una escritura automática, un pensamiento que el artista plástico se ve constreñido a representar en gesto, en trazo, en escorzo de su sentir, pensar, actuar. El secreto del pintor radica –cuando existe– en ese relatar de un solo trazo. La pintura como lenguaje escrito de modo inmediato y totalizador es algo todavía por estudiar seriamente, algo que jamás entrará en el patrimonio de la lengua escrita, hablada, filmada, donde no se dispone de la inmediatez del acto, de la acción única, de la representación total que es el cuadro.

El narrador plástico que es Carlos Vidal posee las claves ocultas –y obvias– en las que transferirnos sus arcanos. “La caída de Constantinopla”, “La toma de la Bastilla”, “Pasión de amor”, son títulos de sus cuadros en los que el pintor va descubriendo su itinerario europeo. Uno de los cuadros aquí reproducidos lleva el nombre de un volcán de Michoacán, el “Paricutín”, lo que nos hace volver la vista a sus ancestros.

El pintor no cae en la nostalgia fácil ni en el menor atisbo de folcklore; ha caminado demasiado como para andar vendiendo a nadie lealtades aparentes, localismos facilones, caballos azules. La raíz sólo puede descubrirse en su desnuda autenticidad cuando se desprende de la tierra en la que anidó.

## El trago en el estribo

El pintor viajero abre su mano de pinceles sobre el lienzo siempre caminero, siempre a punto de partir. El cuadro deviene así, en la nave del encuentro y el adiós, en la última copa probable, esa que la sabiduría popular jamás se atreverá a calificar como postrera: “La penúltima amigo”. Ser la penúltima de todas las copas es el destino de la pintura que el artista realiza cuando viaja. Cuando él mismo es el viaje, todo posible viaje. Carlos Vidal es ese pintor en el estribo de su propia aventura, el cabalgador del viaje a punto de ser emprendido, de deshacerse.

Nada ata a la pintura de Vidal, ni el juego de sus líquidas andaduras, ni la fascinante luz o el color violento, osado, cruel. Sus cuadros nos caminan y nos descubren en la misma medida en la que el pintor nos está descubriendo, está descubriéndose. El viaje de Carlos Vidal no es sino un viaje dentro de su lenguaje, un caminar en el que Europa resulta –finalmente– sólo un pretexto. O sea, un texto previo y anterior en el que nosotros –los viejos europeos– hemos desaparecido para dar paso a nuestros objetos, nuestra manera de ser en las cosas. No hay figuras humanas en esta serie de pinturas. De Europa, Carlos Vidal ha sentado en sus lienzos el don de la palabra –hermano en España, exótico en Alemania, cercano en Italia, próximo en Francia– y el fulgor de los vasos derramados en la noche penúltima. O, lo que es lo mismo, al borde del estribo. Del suyo, que es el nuestro, el de todo caminante.

*ALBUM N°17*